

María Mercedes Correa

“Soy un amigo de Mercedes. Anoche la detuvieron, junto a otras amigas, en un departamento ubicado en Terrada 1692 de capital federal. Apúrense. Averigüen qué pasó con ella en la comisaría del lugar”.

Esas fueron todas las palabras que pronunció, el 26 de febrero de 1978, la voz masculina anónima que, por teléfono, brindó a la familia Correa las primeras noticias sobre la desaparición de María Mercedes, la única hija mujer, de un total de cuatro, que constituían la descendencia del matrimonio conformado por Carlos Arturo Correa y Aida Esther Vassolo. Esta última, precisamente, fue quien recibió la mala nueva a través del aparato telefónico.

II

María Mercedes Correa ó Mercedes a secas, como todos la llamaban, había nacido en Tres Arroyos el 28 de enero de 1956, por lo que al momento de aquella comunicación tenía 22 años de edad y, desde hacía un tiempo, estaba estudiando psicología en la Universidad Nacional de La Plata.

La última vez que visitó a su familia en Tres Arroyos, el 8 de diciembre de 1977, sus familiares casi no reconocieron en aquella mujer, de pelo más largo y aspecto algo desaliñado, a la joven prolija e introvertida que había cursado en el Colegio de Hermanas sus estudios primarios y secundarios, sobresaliendo como una alumna altamente calificada.

La estancia fue fugaz, lo que comúnmente se denomina “visita de médico”. La chica no estuvo más de 48 horas junto a los suyos. Quizás se podría haber extendido, de no ser –como ocurrió la jornada en que avisaron por teléfono de su desaparición–, por una llamada telefónica, de una voz masculina, que la movilizó e hizo que, aún pese al pedido de sus padres, decidiera volver a Buenos Aires, esa misma noche, en el primer colectivo que partiera de la terminal local.

Hasta las puertas del micro la acompañó su papá Arturo, quien insistió –aún con el colectivo en movimiento–, para que Mercedes se quedara. Tenía miedo de que algo pudiera pasarle y, en ese sentido, las pocas horas que había compartido con su hija, en lugar de amenguar la sensación, la habían incrementado.

III

El escaso tiempo que Mercedes pasó en Tres Arroyos estuvo signado por revelaciones continuas y un cierto aire de despedida.

Ni bien llegó, en contacto con el papá y la mamá, les contó de su comprometida actividad militante en las filas del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML). Explicó que su trabajo consistía en ir a las villas miserias, en ayudar a los más necesitados y que ese compromiso era su lucha, su deseo, su razón de vivir.

Los papás, que hasta allí prácticamente desconocían la tarea militante de la joven, escuchaban con atención su encendido relato. En medio de esa alocución les aseguró que nunca tuvo participación en acciones de violencia, cargó armas, ni produjo actos de vandalismo; solamente incursionaba, activamente sí, en tenderles una mano a los más necesitados.

Fue el mismo día que llegó a la ciudad, o quizás al segundo, que viajó junto a su padre hasta el campo que la familia posee en la zona de “El Carretero”.

En el establecimiento agropecuario, según parece, padre e hija tuvieron una larga conversación en la que, básicamente, Arturo intentó persuadirla de que

abandonara su vida en la capital federal, que era peligroso, que se ocultase en el campo y hasta le ofreció, si así lo quería, pagarle un pasaje al exterior, para que se vaya afuera, que desaparezca del país hasta tanto la cosa se tranquilizase. Aún a 500 kilómetros de Buenos Aires, en el año del Mundial de Fútbol, el papá de Mercedes había tomado conocimiento de la suerte que corrían aquellos que se atrevían siquiera a pensar distinto al régimen de turno.

IV

Pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Mercedes, la única mujer de cuatro hijos -antes habían nacido José Eduardo y los mellizos Jorge y Gustavo-, tenía tomada la decisión y nada iba a hacerla cambiar de idea.

Como se dijo, aquella visita de fines de 1977 tuvo aires de despedida. Parecía que la joven estudiante de psicología intuía el peligro que se cernía sobre su persona. Cuando llegó procedente de Buenos Aires no lo hizo desprovista, traía consigo -cosa que nunca antes había hecho-, la mayoría de sus pertenencias, en especial ropas y alhajas. ¿Sabía los riesgos que corría? Entonces, ¿por qué no aceptó la propuesta de su padre de ocultarse o irse del país? En la convicción de la justicia de su lucha seguramente está la respuesta.

Las horas de aquella última visita pasaron rápidamente. Estuvo con su familia directa, partió hacia el campo donde se produjo la larga conversación con su padre y se tomó un tiempo para saludar a la abuela materna, de avanzada edad.

Se sabía que el tiempo para compartir era corto, pero no tanto como realmente fue. El teléfono, como ocurriría el 26 de febrero de 1978, fue otra vez protagonista de la vida familiar.

La noche del 8 de diciembre sonó en Maipú 32, el domicilio de los Correa en Tres Arroyos. Una voz masculina, que se identificó como amigo de Mercedes, pidió hablar con ella. Qué le dijo aquel amigo se desconoce, pero lo cierto es que despertó un súbito arranque de desesperación en la chica, quién sin dudarlo un solo instante anunció que, esa misma noche, se volvía para Buenos Aires.

Entre las explicaciones que brindó, que no fueron muchas, hubo una que resonó con fuerza: "no quiero involucrar a la familia en esto".

Todavía hoy se sospecha que el anónimo protagonista de las dos comunicaciones telefónicas que marcan puntos claves en la reconstrucción de la vida de María Mercedes Correa, su actividad militante y su posterior desaparición, fue Jorge "Cocorolo" Foulkes, hijo del extinto ex intendente radical y que, en el mismo día y año, presumiblemente unas horas más tarde, correría igual suerte que la estudiante de psicología.

V

Lo primero que surge de la descripción que los familiares efectúan de Mercedes es que era "una chica muy inteligente". Y los números dan prueba de ello. Siempre estuvo, tanto cuando cursó el primario como luego en el secundario, entre los mejores promedios de la Escuela Nuestra Señora del Luján, establecimiento popularmente conocido como Colegio de Hermanas. Es más, muchos la recuerdan, al regreso del colegio y tras el almuerzo, agarrando libros y cuadernos, disponiéndose a estudiar mientras caminaba, yendo y viniendo por el living de la casa.

También hay coincidencias en la descripción de su carácter: "Era agradable, no impulsiva. Siempre estaba en una actitud media, no era líder, pero tampoco

sometida (mucho menos sometida). No le gustaba figurar y, en sus cosas personales, se abría a muy poca gente”.

Efectivamente, una de las características salientes de Mercedes en su etapa adolescente era su carácter reservado. De estatura mediana, tenía el pelo castaño, ondulado, menuda de cuerpo, nariz hacia arriba... era una linda chica pero, llamativamente, nunca tuvo novio. Y si lo tuvo, a todos superó sus reservas, ya que nadie le conoció affaire, al menos mientras vivió y estudió en Tres Arroyos.

VI

Cuando terminó el secundario decidió que lo suyo era la psicología y para ello se mudó a La Plata donde, con tres amigas, se radicaron en una pensión. Eran ellas María Laura Echeverría, Alejandra Bianchi y Silvia Vassolo.

Durante aquel primer año de estudios en la capital provincial, Mercedes tuvo en su hermano José Eduardo –8 años mayor que ella-, y su esposa, Marta Correa, quienes vivían en La Plata, a grandes amigos, más allá del lazo familiar que los unía.

Marta, quién enviudó recientemente, recuerda que Mercedes “era fresca, hermosa, comprometida. Era bárbara, tenía mucha afinidad con mi marido, por lo que teníamos conversaciones muy largas. Pasaba con nosotros, en nuestra casa, mucho tiempo”.

Pero ese tiempo se terminó cuando José Eduardo y Marta, que estaban esperando a Tatiana, la primera de sus dos hijas –luego vendría también Leticia-, decidieron que el mejor lugar para continuar sus vidas era Tres Arroyos, por lo que dejaron La Plata y, obviamente a la distancia, también hubo un distanciamiento de Mercedes, con quién ya no se veían con la frecuencia hasta allí acostumbrada.

Según Marta, el ingreso a la vida universitaria provocó en su cuñada un cambio profundo, ya que “su claridad de pensamiento hizo que, cuando se fue a la universidad, tuviera mucho compromiso con toda la situación del país”, aunque aclara que “sigo sin saber si su desaparición estuvo asociada a algún movimiento político”.

VII

Indudablemente su vida en la universidad potenció en María Mercedes valores, cualidades que llevaba consigo y que, hasta ahí, no había advertido en Tres Arroyos.

Una de ellas fue la militancia en favor de las luchas sociales, expresada a través de la participación en la actividad política. Esa acción era nueva en sus días, ya que nadie recuerda de sus años en ésta ciudad que haya estado vinculada con ningún partido, vertiente, corriente o idea política, como así tampoco que haya recibido en ese sentido a alguna amistad especial, todo lo cual lleva a deducir que su inicio se dio durante la etapa de altos estudios.

Si bien estando en La Plata sostuvo el contacto, mediante una nutrida comunicación epistolar, con familiares y amigos, con el correr del tiempo ésta fue disminuyendo y hasta cambiando sus formas, para finalmente desaparecer.

Las últimas cartas que se recibieron de Mercedes tienen características muy particulares: ya no llegaron por correo, que hasta entonces había sido la vía habitual, sino por otros medios de comunicación y, además, cambió la letra, la forma de escribir y hasta su propia firma, llegando a utilizar apodos o nombres falsos para imponerle su impronta a la misiva.

La familia encuentra, para estas acciones, una explicación clara y contundente: “no quería comprometer a nadie de la familia, por eso tomó todas las precauciones que tomó, hasta que cesó el envío de cartas”.

VIII

Cuando el teléfono sonó, el 25 de febrero de 1978, la anónima noticia sobre su detención conmocionó a los Correa que, inmediatamente, se movilizaron procurando conocer la veracidad y, en todo caso, los detalles sobre la información que la voz masculina les había brindado por teléfono.

De hecho, aprovecharían los datos que el ignoto personaje les había transmitido a través del aparato para iniciar la búsqueda de Mercedes. Irían primero al domicilio citado en capital federal y luego, en caso de constatar la certeza de la noticia, a la comisaría de la jurisdicción.

Los papás viajaron a capital federal y, una vez en el domicilio de Terrada 1692, confirmaron a través de una vecina que efectivamente, a las cuatro y media de la mañana del 25 de febrero, había habido en el edificio un allanamiento, en el que habían detenido a cuatro mujeres, una de las cuales tenía un bebé.

Aunque la vecina no la conocía de nombre, reconoció en una de las detenidas a Mercedes y, sino era, por lo menos coincidía con las características de la figura que describieron los papás respecto de cómo era su hija.

Clave en la identificación fue una peca que Mercedes tenía en la cara, a la altura de la frente, con lo cual la vecina no dudó en reconocerla. Pegada en la puerta del departamento había una faja de “clausurado”, por lo que no pudieron verlo por dentro.

Con los primeros datos en la mano, los Correa se dirigieron a la comisaría del sector, donde les negaron toda información, por lo que el regreso a Tres Arroyos se produjo en medio de una profunda tristeza. En la cabeza de la familia daban vueltas muchas hipótesis, pero ninguna certeza. Era inevitable asociar con la muerte la palabra desaparición.

Un hecho “curioso” se produjo a los pocos días del secuestro de María Mercedes. Analía Basualdo –también estudiante de psicología y entonces novia de uno de los mellizos Correa-, fue retenida por más de 24 horas, conjuntamente con otros dos compañeros universitarios, en el céntrico departamento que ocupaban en calle 8 de La Plata. El ejército, en una dura y extensa jornada de interrogatorios, les requirió toda la información que tuvieran sobre la actividad militante de la desaparecida joven tresarroyense.

IX

En los días y los años subsiguientes los Correa agotaron las instancias al alcance de su mano para procurar saber algo de su hija. Contrataron abogados, presentaron habeas corpus, enviaron cartas a las autoridades y hasta recurrieron a organizaciones no gubernativas de trabajo, como el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), liderado por el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel.

Pero ninguno de todos los caminos que recorrieron condujeron al paradero, al destino de Mercedes. Es más ninguno llevó a ninguna parte, ya que lo único que lograron saber sobre ella fue, precisamente, lo que les dijo el anónimo informante telefónico y que luego corroboraron personalmente. Nada más que eso.

Como si la tierra misma se la hubiera tragado, el plan concebido por la dictadura para el combate antisubversivo, había rendido sus frutos. Las voces, las actitudes,

el pensamiento opuesto al por ellos expresado, estaba condenado a ser literalmente sepultado.

De acuerdo a la división que las fuerzas armadas habían hecho del país para su "control", resultan responsables de la desaparición de María Mercedes Correa el titular de la zona 1, Carlos Guillermo Suárez Mason; el jefe de la subzona capital federal, Andrés Aníbal Ferrero y el teniente coronel a cargo del Batallón de Arsenales 101, Carlos Hipólito Assuma.

La última vez que alguien vio con vida a María Mercedes fue en "El Banco", centro clandestino de detención que funcionaba en la División Cuatrismo del Destacamento Guemes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, que estaba ubicado en Autopista Ricchieri y Camino de Cintura (La Matanza), funcionando allí entre el año 1975 y hasta agosto de 1978, por lo que cesó en su "negro" protagonismo a los pocos meses de la detención, secuestro y desaparición de la joven tresarroyense.

X

Con la llegada de la democracia, Correa fue uno de los primeros progenitores que se acercó al intendente radical electo en 1983, Jorge Foulkes. Esperanzado, junto al jefe comunal y otros papás, recorrieron todos los caminos a su alcance para lograr dar con sus hijos que, confiaban, podían estar aún con vida.

La ausencia de respuestas y el paso de los años enterraron las ilusiones: sus descendientes habían desaparecido de la faz de la tierra. Sabían lo trágico que podía haber sido su destino, pero se negaban a creerlo.

Arturo Correa, el papá de Mercedes, falleció de un infarto en la década del '90. Y aunque la causa de su muerte fue esa, quienes le conocieron muy de cerca explican que "mucho tuvo que ver la tristeza", ya que nunca pudo superar la desaparición de la hija, cosa que aún hoy también le pasa a Aida, la mamá, que reparte sus días entre Tres Arroyos y San Cayetano.

Sólo por casualidad, la entrevista para este libro con Marta Correa, la cuñada de Mercedes, se produjo el 24 de marzo del 2001, día en que se cumplieron 25 años del Golpe Militar de 1976.

En sus palabras se encuentra resumido el sentimiento que, pese al paso del tiempo, continúa embargando a la familia: "Si no estoy en la plaza en este momento es porque no puedo. Traté todo el día de no pensar (se quiebra, llora). Siento mucha angustia y, lo que es peor -creo que le está pasando a toda nuestra generación-, además de angustia tenemos miedo, un miedo que no se nos va a ir nunca". Después de 25 años, el miedo lo asocia ahora a sus propios hijos, a la repetición de los hechos.